

Opinión

LIVINGSTONE

Obama o la audacia de viajar



La buena noticia es que, con la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca, los estadounidenses esperan más simpatía por parte del resto del mundo, y más turistas. La mala es que, con la recesión y el nuevo visado electrónico para viajar a ese país, el cambio se hará esperar. Por primera vez desde 2003, el número de visitantes en Estados Unidos bajará este año hasta los 60 millones de personas (de ellos, unos 500.000 españoles), un 1,6% menos que en 2008, según la Asociación de Viajes de EE UU.

Frente a las malas previsiones, el sector turístico estadounidense confía en que el efecto Obama —que ha convertido al nuevo presidente en el icono del poder blando del país, casi rozando el culto a la personalidad— sea capaz de revertir la situación. No lo tiene fácil el nuevo inquilino de la Casa Blanca: a muchos viajeros, sobre todo europeos, les costará olvidar los ocho años de agresiva política exterior de la Administración Bush y las draconianas medidas de seguridad que, desde los atentados del 11-S, podían convertir unas vacaciones en una auténtica pesadilla y que, de momento, no han sido suavizadas. “El sector está entusiasmado con la elección de Obama y esperamos que este año se apruebe la Ley de Promoción del Turismo, que pretende unificar la

estrategia para todo el territorio nacional”, ha dicho Roger Dow, presidente de la Asociación de la Industria Turística (TIA). Aunque, de momento, el sector no está de acuerdo con su propuesta de sustituir las tasas aeroportuarias por un *fee* directo, más oneroso para el viajero, que sufrague su plan de modernizar el sistema de tráfico aéreo y la seguridad de las infraestructuras de transporte. Y los fabricantes de jets y los hoteles de lujo se han visto perjudicados por la persecución del presidente a los gastos en viajes corporativos de las empresas que han recibido ayudas gubernamentales.

Si es cuestión de imagen, no hay problema. La figura del primer presidente negro y multicultural de la historia de EE UU se ha convertido en la mejor campaña turística para visitar el imperio. Joven y carismático, tiene el halo de una auténtica estrella de Hollywood, aunque no es la primera vez que el ocupante del despacho oval y todo lo relacionado con su vida se convierte en una atracción, en una auténtica máquina de hacer dinero. Ocurrió con John F. Kennedy y el cementerio de Arlington (Virginia), con la ciudad de Plains (Georgia) en la que nació Jimmy Carter o con el rancho de Crawford (Texas) en el que George Bush pasaba más tiempo que dedicado a sus quehaceres

políticos. Pero, con el líder demócrata, esos beneficios trascienden las fronteras del país y se extienden a tres continentes, seis zonas horarias y seis estados. Nació y se crió en Hawai y también vivió de niño en Indonesia, tiene raíces familiares en Kansas y en Kenia, y asistió al colegio en Los Ángeles, Nueva York y Boston. Él y su mujer se conocieron y han vivido en Chicago.

De todos estos lugares que esperan hacer caja, el más simbólico es Chicago, donde empezó su carrera política. Antaño meca de la mafia y conocida por su degradación urbana, ha sido invadida por tal multitud de visitantes que la Agencia de Turismo y Convenciones de la ciudad ha puesto en marcha un Obamatour, en el que se pueden visitar los lugares donde el ahora presidente almorzaba y se cortaba el pelo. Incluso se puede pedir el *Obama Special*, un potente desayuno a base de huevos y beicon.

Kenia y Hawai no necesitan mucha promoción, pero, aún así, en el país africano su efigie está desplegada en autobuses y vallas publicitarias. Tan exótico, o más, es Indonesia, donde pasó cuatro años. En su libro *Sueños de mi padre: una historia de raza y herencia*, Obama recuerda de este país “las miradas vacías en las caras de los granjeros en los años que no había lluvias y la desesperación de los mendigos tullidos que llamaban a la puerta”. La situación, que no parece haber cambiado mucho desde entonces, se ha agravado, además, por la acción terrorista de grupos afines a Al Qaeda contra intereses occidentales. Por eso, el Gobierno de Yakarta confía en que la obamanía atraiga de nuevo a los visitantes y les ayude a situar al país en el mapa mental de los estadounidenses.

A la espera de que las cifras confirmen las expectativas, la imagen de Estados Unidos en el mundo –injusta con sus habitantes que, en su mayoría, son bastante amables y curiosos con el viajero– sigue siendo, pese a todo, muy potente en un planeta donde comunican más las imágenes que las ideas y donde lo único que viaja rápido son los prejuicios. Obama, medio africano, medio asiático y medio americano, es de todas partes y de ninguna, un producto del siglo XXI. Así que lo más plausible no es que haga multicultural a su país, sino que devuelva a Washington al lugar de donde nunca debió salir. Aunque muchos estadounidenses, con un paro del 8,1% y la peor crisis económica desde la Gran Depresión, no se puedan permitir viajar para comprobarlo.

CECILIA GUERRA

PERIODISTA ESPECIALIZADA EN INFORMACIÓN INTERNACIONAL

TARJETA DE EMBARQUE

El hogar del viajero

POR **LORENZO SILVA**
ESCRITOR

Cada uno tiene su razón primordial para viajar, más allá del motivo concreto del viaje. Con independencia de aquello que en cada momento nos lleva a hacer la maleta, el desplazamiento de nuestro lugar habitual suele representar, y de paso satisfacer, un impulso más profundo. Hay quien necesita huir de la monotonía del paisaje cotidiano, y encuentra en el viaje la válvula de escape para luego reintegrarse más a gusto a lo de siempre. Hay quien no tiene en realidad un hogar, y abraza la posibilidad de ponerse en camino como una distracción con la que se olvida de su desarraigo. Y hay, por último, quienes han llegado a la conclusión de que el propio sitio no es más que una construcción mental, que bien puede abarcar el mundo entero y concentrarse en cualquier punto de su extensión. Para ellos, el viaje no es una maniobra de evasión, sino una forma de conciencia.

Confieso haber tenido las dos primeras razones para viajar. Y no reniego de ninguna de ellas. Dejándome arrastrar

por ambas, el viaje, ya me viniera dado o resultara escogido por mí, siempre me resultó provechoso. Pero hace ya algún tiempo que el viaje no es para mí una forma de escapar, pensando o no en el regreso, sino una forma de ser, sin capítulo siguiente.

Para muchos, el hogar es un sillón de orejas, unas pantuflas conocidas, una determinada perspectiva por la ventana. Para muchos, yendo más allá, el hogar es algo sobre lo que alguien les extendió un día un título de propiedad que les permite imponerle su nombre. Para nosotros, los viajeros por esencia y destino, el hogar es un asiento en un tren o en un avión con un buen libro en la mano. Una mesa de cafetería con un periódico encima. El habitáculo de un coche con cientos de kilómetros por delante y en el CD o en el MP3 unas decenas de canciones de las que han ido dando sonido y sentido a nuestro camino. Una ciudad de noche desde la ventana de un hotel. Nada de todo esto consta a nuestro nombre en ningún otro registro que el de nuestra memoria y nuestro corazón. ¿Acaso hace falta más?

